

pacífica el cielo y la tierra (1), lavando y purificando al hombre (2); con su muerte le merece la adopción de hijo de Dios (3), el derecho á la gloria (4), y la gracia que le santifica y le hace participante de la naturaleza divina para entrar en el cielo (5). Todo, Señores, lo tenemos en Jesucristo Redentor, todo en Jesucristo, crucificado, para consumir su grande obra. De tal manera amó Dios al mundo, que le dió á su Unigénito (6), en quien están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios (7), y aparece lleno de gracia y de verdad, para que de su plenitud recibamos todos (8). Sí, no solo nos lo ha dado, dice San Pablo, sino que lo ha entregado á la muerte por nosotros; ¿no nos habrá dado con él todas las cosas? (9)

Por ello el Apóstol protestaba no tener otra ciencia que la de Cristo crucificado (10), y de este misterio hacia el asunto de su predicación y de todas sus cartas (11), como que se reconocía enviado por Dios para evangelizar las inestimables riquezas de Cristo, y la divina economía de la redención (12). Él es, decía, el fundamento fuera del cual no puede ponerse otro (13): Él nos ha sido dado por Dios Padre como nuestra sabidu-

- (1) Coloss. I, 20.
- (2) Apoc. I, 5.
- (3) Gal. IV, 5.
- (4) Rom. VIII, 17.
- (5) II Petr. I, 4.
- (6) Joann. III, 16.
- (7) Colos. II, 3.
- (8) Joann. I, 14, 16.
- (9) Rom. VIII, 32.
- (10) I Cor. II, 2.
- (11) Id. I, 23.
- (12) Ephes. III, 8.
- (13) I Cor. III, 11.

ría, nuestra justicia, nuestra justificación y nuestra redención (1): él es nuestra paz, que une ambos extremos separados por el pecado (2); por él tenemos entrada al Padre (3), y somos adoptados por hijos suyos (4); en él, finalmente, está nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurrección.

Estudiemos, pues, á Jesucristo en la consumación de su obra. Es el Redentor y Salvador del género humano; es el segundo Adán, que restaura con su sacrificio lo que arruinó el primero con su pecado.

PRIMERA PARTE.

Todos los pueblos tuvieron la convicción profunda de la degradación de la naturaleza humana por el pecado, y de la necesidad de la expiación. Tan claramente aparece esto de los monumentos y tradiciones de todas las naciones de la tierra, que no ha podido ser negado por los mismos corifeos de la irreligión y la impiedad. Basta citar las palabras de uno de ellos, que nos dispensan de aducir testimonios de antiguos escritores. «La creencia sobre el pecado y la degeneración del hombre, dice, se encuentra en todos los pueblos antiguos (5). Entre tantas y tan distintas religiones, ninguna ha de-

- (1) I Cor. I, 30.
- (2) Ephes. II, 14.
- (3) Id. id., 18.
- (4) Gal. IV, 5.
- (5) Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres*, cap. 4.

jado de tener por objeto principal la expiacion. El hombre ha reconocido siempre la necesidad de la clemencia.» (1) Todas estas tradiciones, aunque mezcladas con errores y fábulas, que las adulteraron á medida que se alejaban de su origen entre las tinieblas del paganismo, son el eco de lo que nos refiere el Génesis acerca de la caída del primer hombre, del castigo que le impuso la justicia de Dios, y de la promesa de un Redentor con que la misericordia divina quiso consolarle en su desgracia (2). Sus hijos, herederos de la corrupcion del pecado y de sus consecuencias, heredaron tambien esa promesa, y al diseminarse por la faz de la tierra, llevaron consigo el mal y la esperanza de su remedio.

Sintiendo sobre sí el peso de la justicia, todos los pueblos reconocieron la necesidad de aplacarla, y de expiar el pecado por medio de sacrificios sangrientos. A impulsos de esta creencia multiplicaron sus víctimas, y no solo la sangre de los animales, sino tambien la de los prisioneros en la guerra, y la de hombres inofensivos, y la de vírgenes y niños inocentes, regó las aras levantadas para atraerse la clemencia del cielo. Estos sacrificios, sin embargo, lejos de extinguir el pecado, lo acrecentaban; porque eran en sí mismos un crimen, y en vez de aplacar á Dios, irritaban mas y mas su justicia, probando con la misma multiplicacion de las víctimas, que todos estaban convencidos de su insuficiencia para liberar á la humanidad del horrible peso del pecado que la oprimia.

Insuficientes eran indudablemente, Señores: y no solo las de los pueblos gentiles, inmoladas á falsas deidades, y ofensivas por lo tanto al Dios verdadero, sino

(1) Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres*, cap. 120.

(2) Gen. III.

tambien las de animales, ofrecidas por orden de Dios en el pueblo hebreo, y que en tanto le eran agradables, en cuanto simbolizaban al que debia ser la víctima escogida por Dios y anunciada desde el principio, que se llama por ello Cordero sacrificado desde el origen del mundo (1). ¿Cómo era posible que la sangre de un irracional expiase el pecado del hombre? ¿Cómo la sangre de un hombre, sometido á cruel inmolacion, podia tener eficacia para destruir la culpa del género humano? ¿Cómo la víctima elegida por el culpable para trasmitirle la responsabilidad de su pecado, y manchada tambien con la culpa, podia ser suficiente para aplacar á Dios ofendido? Era necesaria una víctima escogida por el mismo Dios, inocente, santa, divina, de mérito infinito, digna de Dios, capaz de ofrecerse por todos los hombres, y cuya oblacion alcanzase en su eficacia á todos los siglos, y borrarse todas las iniquidades de la descendencia de Adan.

Cuanto llevamos dicho, hermanos, lo confirma San Pablo en breves frases de sus admirables cartas. Por un hombre, dice, entró el pecado en el mundo, y con el pecado la muerte, y como el pecado se trasmitió á sus descendientes, que en aquel como en su raiz pecaron, así la muerte, que es la síntesis de su castigo (2). Sin la efusion de sangre no hay remision para el hombre (3); pero la sangre de las víctimas, que bastaba para purificacion legal de la carne (4), era insuficiente para la del espíritu. Por ello la ley judáica que contiene la sombra de los bienes futuros, pero no la misma imágen de las co-

(1) Apoc. XIII, 8.

(2) Rom. V, 12.

(3) Hebr. IX, 22.

(4) Id. id., 13.

sas, nunca pudo por las víctimas que se ofrecen sin cesar cada año hacer perfectos á los que se llegan á ellas; de otro modo hubieran cesado de ofrecerse, porque no se tendrían por pecadores en adelante los que una vez habían sido purificados. Es, pues, imposible que con sangre de toros y machos de cabrío se quiten los pecados (1). Necesario era que las figuras de las cosas celestiales, esto es, el tabernáculo y lo que á él pertenece, sean purificadas con las víctimas de animales; mas las cosas que pertenecen al reino de los cielos, con víctimas mejores que aquellas (2). Necesitamos además un sacrificador y sacerdote santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores y ensalzado sobre los cielos, que no tiene necesidad de ofrecer cada día sacrificios, primero por sus pecados y despues por los del pueblo (3).

Ahora bien, Señores: esa víctima voluntaria, perfectamente libre para sacrificarse ella misma, de santidad y mérito infinito para satisfacer condignamente por el pecado, capaz de asumir la responsabilidad de todos los hombres, y de hacer llegar á todos los siglos la influencia salvadora de su sacrificio, no podia ser sino un Dios. La deuda del género humano, dice San Agustin, *debía* pagarla un hombre, pero no *podía* hacerlo sino un Dios (4). Dios solo no podía sacrificarse: hombre solo no bastaba para el valor del sacrificio. Un Dios-hombre, pues, había de ser la víctima reparadora (5), y un Dios-

(1) Hebr. X, I, 4.

(2) Id. IX, 23.

(3) Id. VIII, 26, 27.

(4) *Debitum Adæ tantum erat, ut illud non deberet solvere nisi homo; sed non posset, nisi Deus.* (S. August., *lib. cur Deus homo.*)

(5) *Nostris remediis congruebat unus atque idem Dei hominumque mediator, qui et mori posset ex uno, et resurgere posset ex altero.... Nisi enim esset verus Deus, non adferret remedium: nisi esset homo verus, non præberet exemplum.* (S. Leo, *Serm. 1 de Nativ. Domini.*)

hombre fue prometido á Adan en el paraíso. Esta promesa, heredada por sus hijos, se conservó en la memoria de todos los pueblos, de modo que tan universal como era la creencia de la caída por el pecado y de la necesidad de la espiacion, era la esperanza de un Redentor divino. Recordemos las palabras del poeta griego en su tragedia de Prometeo, en quien simboliza á la humanidad: «Tu suplicio no tendrá fin hasta que un Dios se ofrezca á reemplazarte en los sufrimientos, y quiera bajar voluntariamente por ti á los infiernos.» (1) Recordemos con preferencia las promesas que, confirmando la primera del paraíso, hacia Dios á su pueblo por medio de sus profetas: Alentaos, y no temais; Dios mismo vendrá y os salvará (2). Llegado el tiempo, será ungido el Santo de los Santos, acabará el pecado, será borrada la iniquidad, y traída á la tierra la justicia eterna, será muerto el Cristo y cesará la oblacion de los sacrificios (3).

¿En quién se cumplen estos anuncios de justicia y de misericordia? En Jesucristo, Señores, solo en Jesucristo, en el Verbo hecho hombre, que al ver la ruina ocasionada por el pecado de Adan, exclamó con inefable caridad: Yo iré y le curaré (4); y que entrando en el mundo dice al Padre: No quisiste sacrificio y ofrenda por el pecado, no te agradaron holocaustos de animales; mas me apropiaste cuerpo: he aquí, oh Dios, que vengo á hacer tu voluntad, como está escrito de mí en los libros divinos (5). En Jesucristo, que hablando á los hombres, les

(1) Esquiles, *Prometeo encadenado.*

(2) Isai. XXXV, 4.

(3) Dan. IX, 24, 26.

(4) Matt. VIII, 7.

(5) Hebr. X, 5.

dice: He venido á buscar y salvar lo que habia perecido (1). Tengo poder para sacrificar mi vida y para tomarla de nuevo (2): he venido á darla en rescate del género humano (3).

Pero ¿es solo el rescate del hombre satisfaciendo por el pecado, lo que viene á realizar Jesucristo? Es más, hermanos. Él dice también que ha venido para que los hombres tengan vida, y vida más abundante (4). San Pablo nos lo explica: No es el don de Dios como el pecado; sino que donde abundó este, sobreabundó la gracia (5). En Cristo Jesús se propuso Dios restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra (6), y por lo mismo, estando el hombre muerto por el pecado, le dió nueva vida en Cristo, y le resucitó con él, y le sentó en el cielo, para manifestar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia sobre nosotros (7). Envió á su Hijo, no solo á redimir á los que estaban bajo el yugo de la ley, sino á darnos la adopción de hijos de Dios (8), para que seamos sus herederos con Cristo (9). Quiere Dios que seamos principio de nueva criatura (10), hombres nuevos, renovándonos á imagen del que nos ha criado (11); y por ello quiere nazcamos de nuevo espiritualmente (12), que renazcamos por el agua en el Espíritu San-

- (1) Luc. IX, 10.
- (2) Joann. X, 18.
- (3) Matth. XX, 28.
- (4) Joann. X, 10.
- (5) Rom. V, 20.
- (6) Ephes. I, 10.
- (7) Id. II, 5, 7.
- (8) Gal. IV, 4, 5.
- (9) Rom. VIII, 17.
- (10) Jacob. I, 18.
- (11) Coloss. III, 10.
- (12) Joann. III, 3.

to (1), y todo esto por su Hijo hecho hombre, á quien constituye cabeza de la nueva humanidad (2).

Comprended pues ya, por qué el profeta, anunciando el gran misterio del Verbo hecho hombre, dice que entre otros nombres tendrá el de Padre del siglo venidero (3), esto es, de la humanidad reengendrada y nacida á nueva vida por la gracia. Comprended por qué San Pablo al hablar del pecado de Adán y de la redención por Jesucristo, dice que aquel es figura de este (4), y por qué otra vez establece comparación entre ambos diciendo: fue hecho el primer Adán en alma viviente, el último en espíritu vivificante. El primero de la tierra, terreno, y como él terrenos sus hijos; el segundo del cielo, celestial que hace celestiales á los suyos. Llevemos, pues, la imagen del celestial, ya que hemos llevado la imagen del terreno (5).

¡Qué misterios, Señores! ¡Qué armonías tan sublimes! Jesucristo, Redentor del género humano, es el nuevo Adán, la cabeza de la humanidad redimida con su sangre. Veámosle pues, representando á la humanidad entera, y siguiendo un camino opuesto al del primer hombre, para reparar las ruinas causadas por este, para expiar el pecado que toma sobre sí, y para hacer-nos hombres nuevos, hijos de Dios, herederos del cielo.

Es admirable, hermanos, la relación entre el paraíso y el Calvario: es sublime el contraste entre el primero y el segundo Adán, que vamos á descubrir siguiéndoles paso á paso. Quiso Dios, dice San Juan Crisóstomo, que la humanidad triunfase del pecado y del demonio en la

- (1) Joann. III, 5.
- (2) Ephes. I, 22.
- (3) Isai. IX, 6.
- (4) Rom. V, 14.
- (5) I Cor. XV, 47, 49.

persona de Cristo, con las mismas armas y con los mismos medios con que fué vencida. Los signos ó instrumentos de nuestra ruina fueron una vírgen, un árbol, una muerte. La vírgen fué Eva, el árbol el de la ciencia, la muerte la de Adan. Estos mismos fueron los instrumentos de nuestra salud: en lugar de Eva, María; en vez del árbol de la ciencia, la Cruz; y por la muerte de Adan, la de Jesucristo (1).

El primer hombre es puesto por Dios en un huerto de delicias, y mostrándole el árbol, le manda no comer de él en prueba de obediencia y de amor. Faltando Adan al precepto, peca y se precipita en un abismo de males, labrando al pié de ese árbol la ruina de toda su descendencia (2). El segundo Adan, para reparar esa ruina, entra en otro huerto, no ya de delicias sino de angustias (3). En el paraiso, dice San Cirilo, tuvo principio nuestra tristeza, en el huerto toma Jesus sobre sí toda esa tristeza (4), con el fin de borrar con ella en ese huerto los tristísimos efectos del pecado que en el primero se cometiera (5).

(1) Dicam tibi quiddam mirabilis. Disce modum victoriae, et tunc magis obstupesces. Per quæ enim diabolus vicerat, per eadem Christus eum devicit.... Audi: virgo, lignum et mors cladis nostræ fuerunt symbola. Virgo erat Eva: nondum enim virum cognoverat. Lignum arbor: mors mulcta Adami. Attende vero, rursus virgo, lignum et mors quæ fuerant cladis symbola, hæc victoriae symbola effecta sunt. Nam loco Evæ est Maria. Loco ligni scientiæ boni et mali, lignum crucis. Loco mortis Adami, mors Christi. (S. Joann. Chrysost., *Serm. in Cæmeter. apellat. et in Cruce Domini J. C.*)

(2) Gen. III.

(3) Joann. XVIII, 1.

(4) Locus autem hortus erat veteris paradysi figuram gerens. In paradiso quippe cœpta sunt, quæ nobis funesta acciderunt: in horto nihilominus cœpta Christi passio, qua omnia illa vetera mala resarcirentur. (S. Cyrill. Alex. in cap. 18 Joann.)

(5) Ut peccatum quod in horto commissum fuerat, in horto deleret. (Alcuin., in *Cat. aurea.*)

Ved ahora, escribe San Ambrosio, con qué pasos nos arrojó Adan del paraiso, y con cuáles nos vuelve Cristo á él (1). El primer paso de Adan hácia el árbol vedado, fué el orgullo (2). Viéndose rey de la naturaleza, quiso, dice San Agustin, ser autor de su elevacion, y no reconocerse príncipe tributario de un rey supremo (3). Este desórden interior, que precedió el exterior, le hizo prestar oidos á la palabra del tentador, que le decia: Come de ese árbol, y serás como Dios (4). El orgullo engendró el deseo de no tener límites ni freno, la ambicion de saberlo todo, de gozar de todo. Hé aquí el segundo paso. Para satisfacer este deseo, da el tercero; desobedece á Dios, alarga su mano y come de la fruta, diciendo con su accion criminal: no serviré (5); ¿quién es el Señor mi Dios? (6) Con ello rompe el lazo que á Dios le unia, y consumando el pecado, abre un abismo á sus piés, y se precipita en él con todos sus hijos, y baja tanto en su caida, que no ve nada bajo de sí, y desde allí exclama todavía en su ceguedad: Seré como Dios (7).

Sereis como dioses, dijo la serpiente (8); seré como Dios, repitió el hombre. Eso mismo quiere el Criador, pero por un camino opuesto al que siguió Adan. Este

(1) Vide cujus itineribus ad paradysum revocamur. (S. Amb., *lib. 4 in Luc.*)

(2) Eccli. X, 15.—¿Malæ voluntatis initium quod potuit esse nisi superbia? (S. August., *de Civit. Dei*, lib. 14, cap. 13.)

(3) Sua potestate uti voluit, præceptum rumpere delectavit, ut nullo sibi dominante fieret sicut Deus; quia Deo nullus utique dominatur. (Id. *Conc. 1 in Ps. 70.*)

(4) In occulto autem mali esse cœperunt, ut in apertam inobedientiam laberentur. Non enim ad malum opus perveniretur, nisi præcessisset mala voluntas. (S. August., *de Civit. Dei*, loc. cit.)

(5) Jerem. II, 20.

(6) Psalm. XI, 5.

(7) Lamennais, *Ensayo sobre la indiferencia.*

(8) Gen. III, 5.